

EL ARQUITECTO Y EL TEMPLARIO



PERE MOREY

Editorial
MILENIO
LLEIDA

La traducción y la edición de este libro
se ha realizado con la ayuda
de la Conselleria d'Educació i Cultura
del Govern de les Illes Balears

Título de la edición original en catalán:

El templer i l'arquitecte
© Pagès editors, S. L., 1999

© Pere Morey i Servera, 1999
© de esta edición: Editorial Milenio, 2009
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida
www.edmilenio.com
editorial@edmilenio.com

Primera edición digital: noviembre de 2009
Esta edición corresponde a los contenidos de la primera edición en
formato papel, de noviembre de 2002

Diseño de la cubierta: Daniel Trias
ISBN: 978-84-9743-324-2

FRAGMENTO DE LA HISTORIA DE BERNAT ROQUER, CABALLERO DEL TEMPLE

Llevaba tanto tiempo esperando que le aullaban todos los huesos. A su edad ya no podía permitirse aquellos esfuerzos, pero era necesario hacerlos. Lamentaba mucho tener que llevarlo a cabo: eran más de cuarenta años de compañía, de vivir los días de victoria y los días de horror, los trabajos del camino y la gozosa llegada, la ascensión hasta los lugares más encumbrados de la pirámide social y el precipitarse desde su antiguo estatus de personas respetadas, casi temidas, hasta su ambigua situación actual de reliquias toleradas y un tanto patéticas, esperando todo el mundo que se decidieran a morirse de una vez.

Sí, era una lástima, pero debía hacerlo; las razones que lo exigían eran de un orden superior a la amistad: él mismo había comprobado que el texto era totalmente explícito y, además, en lengua vulgar. No había, pues, ninguna duda respecto a sus intenciones de divulgarlo.

Fue por casualidad que encontró el escondrijo, un día de lluvia en que buscaba caracoles entre las piedras de la vieja pared ruinosa. Después de examinar el hallazgo lo dejó todo tal como lo había encontrado, no fuera que su compañero advirtiera que alguien había descubierto su secreto. Y ahora era preciso actuar.

A pesar del frío de la mañana, el hombre calvo se retiró la capucha y se secó el sudor, mientras

transfería el peso del cuerpo, lenta y fatigosamente, de un pie al otro. ¡Ojalá no tardase mucho!

Oyó el gruñido oscuro de la poterna y se encogió más aún dentro de la capa. Los pasos se acercaron, lentos, inciertos, pesados. El calvo retuvo el aliento. El hombre del pelo gris le pasó tan cerca que casi hubiera podido tocarlo, se acercó a las antiquísimas ruinas y miró a su alrededor. Pero tampoco sus ojos tenían la agudeza de aquellos tiempos en que los dos cabalgaban estribo contra estribo, y no se dio cuenta de que la mata que crecía al lado del muro parecía aquel día más tupida.

Se acercó a la vieja muralla y se agachó para retirar una piedra plana. El calvo se levantó tan rápida y silenciosamente como se lo permitieron sus músculos agarrotados por los años y su larga espera: había llegado el momento. Las articulaciones le crujieron con tan dolorosa violencia que por un momento temió que el otro le hubiera oído, pero siguió con la cabeza agachada, extrayendo del hueco del muro un paquete cuidadosamente envuelto en tela encerada.

Una espada silba sordamente al salir de la vaina.

El otro parece reconocer aquel sonido, detiene su movimiento, se lleva la mano al pecho buscando algo que lleva colgado al cuello, se vuelve rápidamente, la espada relampaguea al sol de la mañana, al bajar se cruza con un pequeño objeto mortífero que vuela en dirección a la garganta del calvo.

Alguien no verá el atardecer de aquel otoño de 1318.

Poco después, *una mosca verde, metálica, se acercó con un rápido zumbido y se puso a lamer la sangre que se esparcía por el polvo.*

CAPÍTULO 1

UN JUICIO ACCIDENTADO

Una mosca verde, metálica, se acercó con un rápido zumbido y se puso a lamer la sangre que se esparcía por el polvo. Poco después se oyó el motor de un coche que se ponía en marcha y se alejaba en el silencio de la mañana.

«*Diario de la Tarde, 5 de octubre de 19...*

»Misterioso asesinato del arquitecto Pere Torres

»A primera hora de la mañana de hoy, y en una barraca medio arruinada cerca del camino de Sineu, Arnau Castanyer, pastor de ovejas, ha notado que su perro ladraba de una forma desacostumbrada. “¡Xaloc, aquí!” Le ha gritado para hacerlo callar, pero el perro ha seguido aullando de una forma que habría helado la sangre del hombre más curtido. Pensando que el animal había acorralado a un erizo, el pastor se ha acercado al lugar del que procedía el clamor, pues él es de los que piensan que un erizo asado puede competir con la más fina de las lechonas.

»Lo que ha encontrado, sin embargo, ha provocado que el pastor hiciera algo que en toda su vida nunca se había permitido: Maese Arnau ha dado un paso atrás. En el interior de la caseta, y tendido boca abajo, había el cuerpo ensangrentado de un hombre. Por un momento, ha creído que se trataba de un negro, pero al acercarse ha oído como un gemido ahogado que le ha hecho estremecerse de horror, pensando que el presunto

cadáver se revolvía para levantarse, cuando un millón de moscas se han alzado como una nube de la cabeza destrozada del difunto.

»Sin tocar nada, ha retrocedido procurando colocar los pies sobre sus propias huellas para no borrar ningún rastro, ha salido a la carretera, ha detenido un coche y le ha pedido al conductor que llamase a la Policía.

»A los pocos minutos de su llegada, el forense ha reconocido a la víctima: era el arquitecto Pere Torres, persona bien conocida en los círculos profesionales y artísticos internacionales por sus innovadoras realizaciones en edificios públicos y privados y por sus imaginativas y documentadas publicaciones sobre aspectos de la historia medieval, como *La huella de los cátaros* ; *La cruz y el atanor* ; *Los templarios, una oportunidad perdida* , y varios otros.»

«*Diario de la tarde, 7 de octubre*

»Caso P. Torres. Detenidos dos jóvenes gays

»Era de todos conocida la amplitud de criterios del arquitecto asesinado. Por este motivo, una de las pistas que ha seguido la Brigada de Homicidios les ha conducido a la detención de dos jóvenes gays con los que se le veía conversar a menudo en la terraza del Bar Bosch.»

Llegado el momento, los dos jóvenes fueron juzgados. Al principio, todo parecía muy claro: en el polvo de los alrededores de la caseta sólo se veían las huellas de los zapatos de los sospechosos y en la barra de hierro con la que habían destrozado el cráneo del arquitecto se encontraron las huellas digitales de Rafael Llac, el dominante de la pareja, y es que los dos no tuvieron inconveniente alguno en declarar su relación homo-

sexual. En cambio, negaron rotundamente haber cometido el asesinato.

De todas formas, no había ningún otro indicio. Pero en el día del juicio el defensor se presentó con una barra de madera.

—Hemos estudiado cuidadosamente el informe pericial de la posición de las huellas digitales sobre el instrumento homicida y que sin duda pertenecen al encausado principal, Rafael Llac —dijo el defensor—. No dudamos que la víctima fue golpeada con la prueba de convicción número uno que hemos nombrado, ya que los restos de cuero cabelludo así lo demuestran, pero hemos hecho dibujar las huellas digitales sobre esta barra de madera, que tiene el mismo diámetro y longitud que la de hierro, indicando la posición de cada dedo: PD significa pulgar derecho, ID, índice derecho y así sucesivamente. Ahora quisiera pedirle a su señoría que tome la barra colocando los dedos exactamente en los lugares indicados.

Algo cejijunto, el juez hizo lo que le pedía el defensor. Al terminar, levantó la vista hacia el público, tan sorprendido como él mismo: las dos manos agarraban el palo por su parte central. Se oyeron risas ahogadas entre el público: con su perfil aquilino, el juez parecía un loro en su percha.

—Como puede comprobar su señoría, resulta imposible dar un golpe fuerte teniendo la barra agarrada de esta manera.

El juez le miró sin decir nada. El defensor continuó:

—Después, está el problema de las huellas. Sólo se encontraron las de los encausados. ¿Es que la víctima llegó volando al lugar del crimen? Y si alguien lo mató en otro lugar y le transportaron hasta allí, borrando después las huellas, ¿por qué llevaron también el arma

homicida, cuando habría sido tan sencillo hacerla desaparecer? Todo parece apuntar, señor juez, hacia una manipulación previa de las evidencias, y me pregunto: ¿Por qué, por quién? Ciertamente, no por los encausados.

Todo parecía llevar a un callejón sin salida: los acusados habían estado en el lugar del crimen, pero no parecían ser los autores. En este caso, ¿quién lo había hecho? ¿Qué buscaban ellos dos en la caseta donde apareció el cuerpo de su amigo?

Al tercer día, recién abierta la vista, Rafael pidió la palabra. Sorprendido, el defensor pidió un receso para consultar previamente con el acusado, pero el juez intuyó que se preparaba una revelación importante y concedió la palabra al encausado principal. Rafael se levantó y con voz clara y tranquila declaró:

—Señorías, esta última noche Gabriel y yo hemos hecho examen de conciencia y hemos tomado una decisión irrevocable: nos declaramos culpables solidaria y conjuntamente de la muerte del señor Pere Torres. Nos reservamos los motivos por los que lo hicimos, pero queremos hacer constar que, como acertadamente intuyó nuestro defensor, las evidencias fueron manipuladas después del hecho. Y le pedimos a nuestro querido abogado —el mentado levantó las cejas al oír el cariñoso apelativo— que no se esfuerce en delimitar responsabilidades: juntos lo hicimos y juntos queremos expiar la pena que este Tribunal decida imponernos. Sólo una cosa queremos solicitar a su clemencia, y esperamos que nos la concederá teniendo en cuenta nuestra confesión espontánea, y que no solicitamos reducción del período de privación de libertad que puedan considerar ajustada a derecho: rogamos que nos permitan a los dos ocupar la misma celda y estar solos en ella.

El silencio que se produjo en la sala fue estrepitoso. El juez, que sospechaba alguna maniobra subterránea, les interrogó largamente para intentar encontrarles alguna contradicción y probar su inocencia; el defensor, que tampoco comprendía nada, insistía en el derecho que tenían los dos de autoacusarse si así les parecía; el fiscal, boquiabierto, reclamaba orden, asombrado ante aquella delirante inversión de funciones en la que nadie hacía lo que estaba previsto en el procedimiento judicial, y el público disputaba entre sí a grandes voces.

Cuando se restableció algo parecido al orden el juez preguntó, desconcertado:

—¿Por qué os acusáis cuando el defensor ya había logrado exculparos?

—¿Puedo preguntarle a su Señoría si ha leído a Dostoyevski?

Aquí el juez, herido en su amor propio, ya no quiso oír nada más y dictó sentencia: diez años y un día de prisión mayor por asesinato en primer grado con premeditación, nocturnidad y alevosía, y ocho días más a Rafael Llac por desacato al tribunal.

De aquella manera, todo el mundo quedó satisfecho, y los protagonistas judiciales, muy aliviados por aquel giro inesperado de la causa que les había permitido a todos salvar la cara: al juez, porque cada vez se le había ido enredando más la madeja; al fiscal, porque había logrado enjaular a los dos pájaros cuando ya los veía volando; al defensor, porque a pesar de su hábil presentación los acusados le habían quitado de encima la responsabilidad. Nadie del cuerpo jurídico de la ciudad podía comprender por qué el juez había aceptado negociar el régimen carcelario de los reos, pero el magistrado no quiso hacer ningún comentario y se cerró el caso.

* * *

Algunas semanas más tarde, un tal Pau Planells, estudiante de arquitectura, leía un opúsculo sobre la última creación del difunto arquitecto, *La iglesia de Santa Clara, el sueño de los arquitectos góticos*, sentado en un banco de la Plaça Porta del Camp, y pensó que un estudio sobre la obra de Pere Torres sería un buen tema para su tesina.

Levantó la vista del texto y paseó la mirada por el último tramo que se conserva de *las murallas almorávides que guardaban la ciudad, coronadas con unas almenas puntiagudas como el lomo de un dragón*.

LIBRO I
LA CASA DE LA CALLE DEL SOL

*Las murallas almorávides que guardan la ciudad,
coronadas con unas almenas puntiagudas como el lomo
de un dragón forman a sus pies un friso color de tierra.*

Aquí y allá, la gubia airosa de un minarete se levanta hacia el cielo de un azul intenso; los airosos penachos de las palmeras son surtidores de agua verde, doncellas de cintura esbeltísima que se asoman, curiosas, por detrás de las tapias.

Aquella paloma de alas extendidas, posada junto al mar, se llama Medina Mayurqa.* Ibn Al Labbana, *el hijo de la lechera*, poeta de la corte refinada de Nassir el Dawla, el valí de la Taifa, la describió con las palabras sonoras y policromas de un amador apasionado:

*Un país en el que la tórtola dejó su collar
y el pavo real adornó con sus plumas
De vino son sus ríos
y los patios
de sus casas
son abiertos como copas.*

A.D. MCCLXV

La casa de la calle del Sol es umbría, grata mente fresca en verano pero húmeda en invierno cuando sólo frente al fuego se puede estar más o menos bien.

La entrada es ancha y profunda, con un jardín al fondo. Más allá del muro que lo cierra se ve crecer lentamente la nave blanca del que será el convento de Santa Clara destinado a las hijas de la nobleza, y el gañido de las poleas, el canto de los albañiles y el ritmo obstinado de las mazas y cinceles de los picapedreros, el ondular de las sierras que cortan la piedra arenisca forman una presencia constante que nace con el alba, se detiene por un tiempo al toque del ángelus y recomienza hasta que, al atardecer, planean sobre la ciudad los grandes pájaros azules del toque de oración. Entonces se desvanece lentamente el parloteo de los obreros, las voces chillonas de las mujeres, que amasan la mezcla de cal y arena por la mitad del sueldo de los hombres, y se acerca el lento campanilleo de las cadenas de los esclavos. Van conducidos por el cómitre, que ha cobrado su sueldo por cuenta del propietario que los alquila a las obras, y regresan, arrastrando los pies, hacia los subterráneos donde se les guarda durante la noche como acémilas en un establo.

Cierto es que parece un lastimoso rebaño, con el pastor a la zaga, su perro de presa y el afilado chuzo por si alguno se desmanda. Cada día, cuando pasan por la casa, uno de los esclavos levanta la vista para mirarla un instante, ojea el interior del portal con el ansia de un hombre acezante de sed que se asoma a una acequia, mira el artesonado almorávide que él acostumbraba a contemplar, tumbado sobre el suelo con dibujos geométricos formados con guijarros de torrente y que su madre regaba para que fuera más fresco en las tardes de estío, cuando su padre dormía la *kailula** y él no podía hacer algazara jugando con sus hermanos, cuando tenía doce años y vivía, rico y libre, en aquella casa que ahora los *rumis** llaman del Sol. Después,

agacha la cabeza y murmurando un *Allahu akbar** sigue su camino hacia su madriguera, como cada tarde desde aquellos días de horror, hace ya casi cincuenta años.

Entonces, el año 1229 de los cristianos, vio morir a su padre y a su hermano mayor con las armas en la mano defendiendo la entrada de la casa, y ahorcada de una viga en el desván a su hermana y, tan pronto como se aseguró que su hija no sería deshonrada por los invasores, lo hizo su madre. Él no tuvo el valor de seguirlas y ahora pagaba su cobardía recordándoles en cada una de las cinco oraciones del día y sabiendo que, mientras él alentare, seguiría vivo el recuerdo de su malhadada familia.

Bernat Roquer, un rapaz de doce años, de mirada vivaz y profunda, pero con un punto de melancolía, se pasaba largas horas en el mismo desván donde había sucedido la tragedia, que él ignoraba por completo, contemplando cómo crecían las paredes de la iglesia. El chaval miraba con envidia y admiración al hombre de la capucha blanca, que dirigía la tarea casi mágica de crear el templo a partir del caos de hombres, piedras y vigas. Cuando finalizaba el espectáculo, Bernat bajaba a merendar y, con su zoquete de pan bien untado de aceite de oliva, se sentaba en el portal a ver pasar a la gente. Ya se había fijado en la mirada de aquel esclavo, en la que se veía unas veces el resplandor rojizo del odio, otras el hielo gris de una nostalgia desesperada.

La madre de Bernat, en cambio, cerraba las ventanas cuando se acercaba la triste procesión y corría al rincón más alejado de la casa desde un día en el que aquel mismo esclavo, al verla asomada por el ajimez del piso, gritó un nombre: «*¿Fatma?*» Ella le miró, sorprendida y entonces, el moro, levantando las manos al cielo le soltó una larga parrafada en algarabía,

seguramente un reproche o una maldición porque ella enrojeció primero, luego palideció mortalmente y se puso a llorar gritando: «¡la, la!», mientras negaba con la cabeza y se cubría la cara con las manos. El cómitre le hincó repetidamente el chuzo al cautivo, pero él no cesó hasta terminar lo que tenía que decir.

La mujer tuvo que acostarse a causa del trastorno. Llamaron a un médico, que la sangró para retirar de su cuerpo los humores melancólicos que le había provocado aquel hecho y ordenó que se pasara siete días en cama tomando caldo de paloma que, al ser ave, pertenece a la esfera del sol, que es cálido y sanguíneo y por lo mismo, contrario al frío acuático que la mantenía postrada. Le prohibió amamantar a su hija mientras le durase la impresión y aconsejó que buscasen una nodriza de compleción encarnada, para que su calor compensara la influencia fría que pudiera recibir de su madre.

Bernat estaba aún más asustado que ella y se pasaba el día a su lado, acariciándole la mano y besándola cuando ella desvariaba murmurando palabras confusas de las que él no entendía nada. Al tercer día, ya superada la crisis, le contó a su hijo la historia del esclavo moro y así pudo el muchacho volver a contemplar la construcción de Santa Clara, escuchar el canto de los obreros y *el plañido casi humano de las poleas*.

CAPÍTULO 2

EL HOMBRE DEL CASCO BLANCO

El plañido casi humano de las poleas solía despertar cada día a Pau Planells cuando aún era un muchacho y se pasaba largas horas en el balcón de su casa, contemplando cómo se levantaba el edificio de la Delegación de Hacienda de su ciudad.

Miraba, embobado, el hormigüeo de los albañiles con sus cascos amarillos, su trajín de insectos atareados y se admiraba al ver que todos supieran lo que debían hacer, se asombraba de la fuerza de las excavadoras que arremetían contra los montones de tierra como monstruos prehistóricos, los movimientos de plesiosaurio de las cucharas y el rabioso petardeo metálico de los martillos neumáticos con su aire inquietante de escorpiones monstruosos que horadaban el solar con una tozudez que al chaval le resultaba un poco acongojante por el dolor que, estaba seguro, debía sufrir la tierra.

Lentamente, la aparente confusión se fue organizando: el bosque de pilares se articuló en un cristal de formas ortogonales. Después, los tabiques fueron cubriendo los huecos de la estructura algo macabra, como el esqueleto de un monstruo marino varado en la orilla, los ojos de las ventanas parpadearon al recibir sus persianas y, durante unos días, el perfume de la madera recién trabajada llenó de añoranzas de bosque las noches de Pau, cada día más maravillado por aquella creación a partir del caos de hombres y materiales.

Finalmente, el *campo arado que ninguna reja ha tocado** del tejado cubrió toda la armoniosa estructura que combinaba el estilo tradicional de la isla con las formas atrevidas que los pretensados habían hecho posible y, para entonces, Pau ya sabía una cosa: que de mayor quería ser como el hombre del casco blanco que su padre le presentó un día, el arquitecto Pere Torres.

—¿Y a ti te llaman Torres porque construyes muchas? —le preguntó.

La carcajada fresca de aquel hombre, casi un demiurgo a sus ojos, no tan sólo no le hirió, sino que le hizo apreciarle más aún, y Pau le colocó sobre un pedestal de una admiración que sobreviviría más allá de la muerte súbita y misteriosa del arquitecto.

Aquel día, casi veinte años más tarde, leyendo el libro sobre la última de las creaciones de su maestro, decidió hacer su tesina de final de carrera sobre la obra de Pere Torres. Llamó a su casa, donde aún residía su única hermana, con la cual el arquitecto había vivido siempre.

El aparato debía estar en una sala con el techo muy alto y con pocos muebles porque la voz de la mujer resonaba con un extraño eco. Le sorprendió la grata serenidad contagiosa de la voz, tan suave y modulada que le hizo sentir un bienestar que le entraba muy adentro, como un trago de agua fresca, y es que había marcado el número con cierta aprensión, en el temor de encontrarse con un rechazo.

Aun así, le sorprendió la especie de interrogatorio al que le sometió la vocecita: su edad, estudios, de qué conocía a su hermano y rió en una suave escala descendente cuando Pau le explicó su encuentro con él, tantos años atrás. Finalmente, aceptó que la visitara y le agradeció la oportunidad que le brindaba de revivir

la presencia tan añorada de su hermano. Citó los versos de un poeta local: «Agradece a los dioses el don de la memoria / el único bien que nos queda a los mortales / cuando se ha desvanecido la esperanza.»

Pau no sabía cuántos años tendría; por su conversación, se imaginó a una ancianita de cabellos blancísimos y gafas redondas sosteniendo una chocolatera de porcelana con florecillas color de rosa. Se le ocurrió que seguramente le gustaría que le llevara alguna repostería tradicional, como a la mayoría de las personas de cierta edad, y decidió llevarle un par de ensaimadas y *cuartos*, aquellos pasteles aromáticos que con toda seguridad saben igual que las nubes amarillas del cielo de otoño, de manera que dio un rodeo para detenerse en Can Joan de s'Aigo, una pastelería y heladería que desde 1700 vendía «agua de nieve,* helados y esterquínios*», aunque Pau no tenía ni idea de lo que estos últimos pudieran ser.

Al poco rato de caminar ya ni se acordaba de las ensaimadas, a pesar de que las muy traidoras le enviaban el tentador mensaje de su perfume y es que, para un arquitecto como él, un paseo por las calles de la Ciudad Alta era cada vez una experiencia renovada, la relectura de un libro amado; aquel ajimez cuyo perfil se adivinaba bajo el revoque de una reforma imperdonable, la curva airosa de un arco de medio punto, un alero protector que corona una noble fachada, el misterio de los desvanes de columnas salomónicas que imaginaba llenos de muebles condenados a la muerte lenta de la carcoma, cada uno de ellos con su historia: la cama nupcial en la que murió la novia de un ataque de pánico a la desfloración, una cuna tallada que esperó inútilmente al heredero de un linaje extinguido, una cómoda con la ropa y los papeles del segundón que

partió hacia las Indias y del que nunca se supo nada más, el retrato desterrado de una hija que tuvo la osadía de casarse con un chueta*...

Y en el fondo de los patios, la sonrisa íntima del «jardín secreto», el frescor de las macetas de aspidistras de recogimiento casi monacal, la curva pensativa de un arco carpanel, la grávida majestad de las columnas de mármol rojo de Binissalem, con el suave éntasis de una joven encinta, los orgullosos escudos heráldicos acumulando linajes en sus cuarteles... Aquí un palco, allá una cornisa atrevida, un balcón al que no se ha asomado una doncella desde hace más de treinta años, el hueco olvidado de una capilla callejera con el cuadro polvoriento y la polea del candil roída por el orín.

Dio un pequeño rodeo para poder pasar por la calle del Sol y contemplar una vez más el artesonado almorávide y el suelo de guijarros que formaban dibujos geométricos de la casa del número 10, que le gustaba especialmente; tenía la casi seguridad de que era uno de los edificios más antiguos de Ciutat* y él se sentía extrañamente ligado a aquellas viejas piedras. Creía sentir, latiendo casi imperceptible bajo sus pies, las raíces de piedra que le unían a su pasado, pues tenía la seguridad estadística de que alguno de sus antepasados habría admirado las mismas estrellas octogonales de aquel artesonado, había pisado aquellos guijarros, acariciado la redondez de aquel portal. Dentro de sí, al otro lado del oído, sintió cómo el canto silencioso de la piedra le recordaba su íntima pertenencia a aquel mundo, a aquella ciudad, a aquel pasado.

De pronto, se llevó un pequeño sobresalto que le hizo volver a la realidad cuando oyó una voz conocida que le recordaba su compromiso: *las campanas frescas, azules, serenas.*